

de. Miguel Varaja Saguer = 15 - J. Procuo, 40

ALJABA

* MENSAJE POETICO *

2

P

OR todos los caminos se llega a Dios, si la fé nos brilla en la frente. Decimos ésto —lo decimos con toda nuestra limpia sinceridad—, por unas palabras que en nuestro primer mensaje se insertaban; por aquello de «no queremos marcar direcciones...» Y estamos en lo mismo porque pensamos que la buena poesía ella sola camina por sus cauces más limpios.

Únicamente hay algo a lo que no podemos resistirnos: el tiempo. Nosotros —poetas españoles e hispano americanos—, marchamos, del brazo de Dios, cogidos del timón de las horas, porque nuestros corazones nos llaman a gritos hacia donde es tan necesaria nuestra presencia...

La Humanidad es algo que no sabe detenerse. El reloj de las horas oméguicas la lleva en su latido, y las horas no alcanzan a ver las constelaciones viejas. Tenemos plena conciencia de los tiempos, de las distancias y de las concordancias estéticas y cronológicas, y sabemos que el reloj de sol fué abandonado porque la Humanidad no podía detener su marcha por una nube...

Estamos, pues, lanzados, proyectados hacia adelante. Lo que queda atrás sólo nos importa si nos sirve. Para nosotros los Museos y los Archivos son piezas necrológicas, y lo que no encierra vida no nos late ni nos importa. Seguimos hacia adelante, aun lamentando muchas cosas... Y estamos contentos porque cada vez nuestro haz es más apretado y numeroso; porque se abre a nuestro lado un círculo de miradas expectantes, y se nos hace paso.

JAEN, ENERO - FEBRERO 1952

NO HA DE FALTARTE HUMO

¿Llegaría tarde? Cuando buscaba algo de lógica en la noticia ví pasar a los bomberos. Tintineaba alegremente la campanilla del coche. Uno de ellos voceaba: «Participa en los fuegos formales. Ganará unas pesetas y calor natural». Y lo repetía provocativo, excitante. Por si esto fuera poco para confirmar mis temores, unos momentos después la calle se llenaba de murmullos infantiles. Eran los niños de las escuelas. Iban en doble fila; cogiditos de la mano; revoltosos. «Hoy,—había dicho el maestro—, tenemos incendio. Traed merienda por si volvemos tarde».

De las dos cosas que ocurren cuando se llama a los bomberos—que ya no hacen falta o no hay ya remedio posible,—había ocurrido la peor. Cuando llegué a la plaza los bomberos se consolaban jugando al corro y saltando sobre las llamas. Mi amigo repartía cigarrillos a los curiosos y tranquilizaba a los maliciosos sempiternos: «No; no cobraré nada por el seguro. No ha habido circuito más o menos corto; ni productos inflamables; ni brasero encendido; ni velas, ni candiles... Los incendios no son casuales, sino causales». Don Bernardo,—el maestro— explicaba a los escolares: «Los papeles arden. Las llamas queman. El humo sube. El nene se calla. El caballo corre. El borrico arre...».

Era la explicación más exacta. Muchos muchísimos papeles, casi todos manuscritos, liberaban sus espectros en llamaradas humildes. Me pareció reconocer a algunos fantasmas. Acerqué mi vista y con gran sorpresa contemplé ardiendo un trabajo mío. Me lo había pedido mi amigo hacía unos días para unirlo a unos artículos suyos que enviaría a una revista importante. Fué súbita mi indignación. Le vocearía. Le increparía. Le... José María. Pero mis cuartillas suplicaban paciencia y destacaban el título que las presidía: «Las palabras, estrújalas». Y apreté los labios para impedir saliera el zumo de mi cólera, esdrújula por más señas.

—¿Por qué has quemado tus obras?—le pregunté al encararme con él.—Era necesario—dijo gravemente, sin inmutarse—, debían producir humo y... ya lo han producido. Sé que vas a ponerme peros, lo sé. El hombre puso el primer pero.

Quería polémica. Lo comprendí. Pero me la había dejado en casa con unas prisas y otras.

—O al hombre le pusieron el primer pero. Y ya en desacuerdo contigo te suplico una explicación convincente.

Pudo hacer un chiste con eso de «convincente», pero no lo hizo.

Estaba serio. A su espalda se consumían los últimos escritos de la hoguera. Silueteada su figura parecía un Diógenes griego; un patricio romano; un Manolo hispano. Su voz tronaba.

—¡Humo! ¡Humo...! Y si no, decidme: Para que te estrenen una obra; para que te publiquen un artículo; para editarte un libro, basta una cosa: ser famoso. ¿Cómo se consigue la fama?

—Pues... estrenando obras, escribiendo libros, publicando artículos...

—Magnífico, señores, magnífico... Veinte duros para el caballero y un hermoso estuche... —Se acordó de que no era locutor y prosiguió: ya está aquí el círculo vicioso. El escritor joven se ahoga en un ambiente mediocre, limitado por los dueños del humo. ¡Se ahoga por la falta de humo! Humo de fama que sólo puede conseguir «quemando» su producción en la pira de la palestra nacional. ¡Tralará! Por eso yo pido en este momento, ni trascendental, ni crucial, ni anormal, ni laboral, la creación de becas de humo para escritores jóvenes. Cuatro artículos mensuales, beca de humo periodística; comedia trimestral estrenada, beca de humo dramática; etc... Becas anuales que se renovarían o se extinguirían. En los concursos son muy difíciles las revelaciones porque los ganan los famosos. ¡Humo! ¡Humo!

Miraron los bomberos asustados hacia la hoguera, sugestionados por el verbo cálido de mi amigo. Solo unas cenizas.

—¡No ha de faltarte humo!—le dije emocionado;—cuando más desesperado te sientas acuérdate del hombre de las cavernas. Frota como él una vez y otra. ¡No desmayes! Que no ha de faltarte humo.

Matías SANCHEZ CARRASCO.

ANGEL DE LUZ

Aquí me tienes ya, tronchado como un junco.
Cercado por un mar que es todo noche.
Aquí me tienes ya, cuando los pájaros,
cuando los llantos de las niñas tísicas.

Aquí me tienes solo como un puente.
Como una escala recia hasta tu gloria.
Cuando las flores se aman, y los vientos
llevan el polen de la vida fácil.

Aquí me tienes ya, cuando las fieras.
Cuando los llantos últimos del hombre.
Cuando los frutos de oro del otoño
son digeridos por niñas románticas.

Como una flecha hacia tu luz de triunfo,
como un dolor de piedra hacia la luna,
aquí me tienes solo, ante el glorioso
resurgir de tus luces más sagradas.

Toda una noche te esperé, llorando.
Toda una noche solo como un perro.
En mis ojos de barro, las estrellas
no copiaban sus íntimas plegarias.

Aquí me tienes ya, mientras mis manos
son dos palomas blancas de desvelo.
Ante la luz gloriosa de tu manto,
todo se queda extático y doliente.

Ya está la tarde muerta en los tejados.
Ya se han roto en la tarde los cipreses.
Mi corazón, como una leña verde,
se ha incendiado, de pronto, a tu llegada.

Un mar de luz, de voces y de alondras
llega a mi corazón en oleadas.
Tu manto me acaricia, levemente,
mientras el alba llega por los montes.

Francisco MARTINEZ LLACER.

PALABRA ULTIMA

Quedaros si queréis con esa esfinge,
con esa ávido hueso,
con esa luminaria que me sobra.
Quedaros con mis manos
que ya sólo retratan mis despojos,
o con mis piés quedaros
que trocáronse en lirios permanentes.
Ya nada sobra o falta
para este regocijo,
para esta fiesta que yo anuncio ahora
con los cerrados ojos,
con los pausados dedos,
con los cansados gritos.
Quemad mi mano que ya me emana y huele,
quemad mi pulso que me asciende y corre,
quemad mi salmo que en el libro queda.
No me dejéis el signo
o el acontecimiento
que me entristecería.
No me llameis a juicio
ni volteéis campanas
ni malgastéis los cuernos
ni me toquéis los timbres.
No me hagáis la cuneta
para que yo me quede.
Haced mas bien la cama
ya donde yo repose
con su almohada amada
y su sábana quieta.
Libradme del martirio
de hacer mi testamento.
En cambio yo os prometo este bendito
regalo de mis manos
y de algún otro libro que me quede
por ahí mismo..., encima de la mesa...

Gabino Alejandro CARRIEDO.

CAMINO LOCO

Llévame tren, llévame
que ella no está.

Desenfundar revistas, cruzar
barrotes de madera. Todo es todo.
Tu no estás.

¿Sé yo donde?—No.
Hay tierra, eso sí. Fango también,
mar, mucho mar.

(Tengo un barquito de seda
que floreció ayer)
¿Servirá?—No.

Traquetea el tren,
un niño taladra pan.
Llueve, llueve pan
y las migajas resbalan
por la visera del revisor.
(No lo nota, no se moja)
Hace un hoyo en el cartón.

Vicente BURGAS GASCONS.

VIAJE

Viaje de tu color en el instinto.
Viaje por las alturas del deseo.
Sonámbulo del tacto y la codicia.
Ebrio de tí, sin tí, ebrio sin vino.

Y todo cerca, cerca.
Tu boca, tu sonrisa, tu mirada.
Todo sin ansias, cerca...
Y sin uñas clavándose.
Y tus manos sin gestos...

Cerca tu piel sin el marfil de un diente
hincándote la carne,
y tu pigmento prófugo del prisma,
metal sin combustión y sin ritmos eléctricos...

Prieta, mujer profundamente prieta,
con cien muertes dormidas
sobre tu piel morena...

Ramón GONZALEZ BARRETO (Cuba)



Dibujo de Cecilio PORRAS.

VERSOS PASEANDO

Afuera de Madrid (1951)

Ya llega a la ciudad el campo roto,
pequeñas hierbas amarillas siempre,
siempre las malvas sucias, desflecadas,
reclamando al asfalto sus derechos.

Junto al ladrillo fragmentado crece
el jaramago de empolvadas hojas;
la cebada silvestre deshace los jardines,
sabía, esperando que se mueran
los edificios y los monumentos.

Se aventuran pequeños saltamontes
por el trébol que nace en las aceras
y azotan asustados
los pantalones de los transeuntes.

Llama el débil arbusto prisionero
al malvavisco y al vilano leve,
pequeños hongos angustiados viven
entre el aroma de la gasolina.

Mas es corto el imperio de la vida
que, libre, intenta desterrar la muerte
y donde acaban los veloces trenes
se pudren las semillas que no nacen.

Y aquí espera la flora, más valiente
que la tímida fauna —y es su heraldo—
la muerte de Babeles y automóviles
para invadir cantando las ciudades.

Angel CRESPO.

DE NUEVO

No, aquí no

Ponedlo en la parte más alta,
echáselo a los perros si quereis, escondedlo
en el rincón más turbio.

Pero aquí no vengais
con ese corazón,
con ese corazón que era mío, que debe
ser mío y no lo es, que antes lo tenía,
que lo cambié por otro, que lo fingí por otro,
que lo cambié por nada.

Tiráselo a los perros y que coman su carne,
que les sabrá a colmena
o a mejilla de niño.

Pero a mí no vengais, cuando ya apenas siento,
con ese corazón,

con ese corazón...

Pilar PAZ PASAMAR.

María siembra

Te rodea la noche por el cuello,
y en tu perfil
se esconde, con pasión, la sombra verde.

Cuando vas por el campo
es más morena la tierra que acaricia
tu cuerpo de serpiente...

Tallo de erguida flecha, tu mirada
contempla el magno cielo.

Por aquel caminito
crecí —mármol o acequia—,
con pureza.

Te soñaba perfecta en la distancia,
como un sueño de nieve...

Cerca al rumor del agua de los ríos,
sobre la grama fresca,
con la nocturna fronda despinada.

El viento y las estrellas
marco de tus palabras siempre nuevas.

Y con el pecho henchido de armonías,
con el canto del gallo
cuando el alba golpeaba nuestra almohada.

Vengo a tu cuerpo, voy a mi tormenta,
y enciendo el valle entero
de relámpagos ..

Los cerros se doblegan
a lo lejos,
simples arquitecturas de verano.

Ya cuando llega el día a tu ventana
te rodeas de lámparas oscuras...

Porque tu sol es astro de tí misma,
órbita de cristal para mi vida,
y que se esconde sin dejarme huella.

Hacia la noche el girasol no duerme,
y cae, misteriosa, alguna estrella
sobre la frente dórica del fauno.

Jaime CANELAS LOPEZ (Bolivia)

ALGO

Yo quiero que tú digas con tu vigor sereno
que soy bastante más que una tristeza.
Que si mi voz se rinde... ¡Señal que lleva un trueno
metido en su corteza!

Yo quiero que tú aclares con tu cauta alegría
—o con ímpetu rudo si rompes tu coraza—
que no soy la catástrofe de una melancolía,
sino el agraz difícil del vino de tu raza.

Y yo quiero que tú rompas mi verso con tu mano.
Yo quiero que tú enseñes la entraña de mi estilo.
Yo espero que tú expliques: «Fue un volcán en verano...
¡y él se empeñó en ser ráfaga de un otoño en un hilo!

Yo quiero que tu mudes de color cuando evoques.
Yo quiero que gravite mi nombre en tu persona.
Yo quiero que me envuelvas. Yo quiero que me toques...
¡Pero que no te punce mi trágica corona!

Mañana —yo ya muerto—viviré en tus afanes.
(Dios querrá que me quieras conforme yo te quiero).
Seré... la levadura que te engorde tus panes.
Tu mosto en tu puchero.

Juan ALCAIDE SANCHEZ.

GRIS ESCALA

¿Sabes?... yo estoy aquí ahora.
Y tú sabes lo mucho que para mí es ahora.
Mi soledad hierática de monja abandonada
me quita el crucifijo de tu palabra mansa;
estoy en este hastío de ambicionar insomne
el tibio desperdicio de una sola palabra.
Pero palabra tuya.

¿Sabes?... Aquí, en estas noches, de espaldas a la luna,
dejando verticales mis huellas en el polvo,
¡te he recordado tanto!
Me han seguido las voces rayadas por agujas
de infinidad de cantos.

Aquellos cuando iba dormida mi experiencia
sobre mi propio asombro.
Y para aquel puñado de hojas de almanaque
estoy poniendo ahora el ritmo de unos versos,
versos—si son mis versos copia de esta palabra—,
para hacerlos de piedra como invencibles ecos

Qué gigante es la ausencia pluvial de tu demora,
en esta noche mía cansada de ser noche.
Sabes que ya te espero sangrando de impaciencia,
¡y tú sabes lo mucho que para mí es ahora!

Haydeè ROBLES (Cuba)



EL SABIO

Sabio tras óxido, canapé y nube,
enrolla el manto y desarrolla el talento.
Los organismos conocen su teoría
por el cine, mejor que por los periódicos.

El sabio vive en una torre hermética
y transparente para que todos lo miren.
Allí sus noches son cósmicas,
y telúrica la luz por dentro.

La sinfonía enorme y culta
de la gran capital no llega hasta su cerebro:
notorio globo iluminando una ciudad búdica
desparramada bajo sus hombros.

Hay una orquídea sola en la alcoba
de la esposa del sabio.
Pero él ya la olvidó,
igual que a toda la belleza en bruto.

La humanidad se agolpa en torno a su torreta
y se pregunta qué hará el sabio, la sabia y los sabitos.
Los noticiarios difunden su fisonomía
siempre afeitada y pulcra, rayando un encerado.

El sigue machacando su cerebro
en un extraño páramo electrónico,
y un zumbador arrastre de lejanías de astros
le acerca a la deidad, muda, en la sombra.

Félix CASANOVA DE AYALA.

PRESENCIA

Respiro tu presencia
contagiada del aire de los dioses,
del fervor de la llama
y la pureza mineral del agua.

Abanderada de palomas
te hicieron inmortal
las antiguas tristezas de mi cuerpo.

Rebasa tu presencia
en la actitud callada de los sueños,
en la promesa indestructible
de la morada azul
que aguarda nuestra huella caminante.

Desde la esencia de la tierra,
desde el temblor ansioso
del vegetal que espera el nacimiento,
invades victoriosamente
la atmósfera de todo cuanto existe.

Lo perdido retorna
en la ternura de tu gesto,
y cicatriza el llanto
en blando signo enamorado.

La rosa y el trébol te complementan
porque eres universo de la vida,
porque en tí se resumen
—como crisol maravilloso—
los deseos solemnes de la sangre.

Raul GONZALO VAZQUEZ M. (Bolivia)

EL APRENSIVO

(CUENTO)

Recuerdo que «aquello» sucedió allí. En aquella ciudad que, como tantas otras, lucía el astil de su paseo principal entre álamos serios, gentes hormigueantes y guardias de gorros blancos que regulaban un tráfico de vehículos pretencioso por inexistente.

El Dispensario Antituberculoso ocupaba, precisamente al borde de aquella avenida, un bello edificio. Un edificio de ladrillos rojos—finos ladrillos rojos—, amplio, con un zócalo blanco hecho de piedra y hasta, tal vez, de algún que otro pobre bacilo que desesperado, se tostaba al sol, y la explicación de cuya existencia allí, por fácil, no necesitaba de superiores estudios en la cercana Universidad... Tenía una puerta amplia, de un verde que ahuyentaba, pasada la cual se subían unos cuantos escalones. Tras una segunda puerta—una amplia puerta encristalada—, se llegaba a un prolongado y blanco pasillo. Contemplando su desnudez, uno notaba cierto extraño pensamiento de frío por los huesos...

Pero...

Aquél era un hombre de carne y hueso como otro cualquiera. Ni grueso ni flaco; ni bajo ni alto. Un hombre como otro cualquiera. Como usted, por ejemplo. Tenía unos profundos ojos negros, su cabello alisado era negro, y negros eran también su traje, sus zapatos y su corbata. Desde luego no tenía ningún difunto cercano.

Más, volviendo atrás, recuerdo que allí había una especie de mostrador. Y que, delante, estaba otro de nuestros hombres: un hombre que—¡curiosa contraposición!—no era como otro cualquiera. Era grueso, alto; su vientre era más que otra cosa un abultado globo y, con su cabeza blanca y rapada, llevaba sobre sí un largo, grande guardapolvos grisáceo. Aquel hombre—que no era otro que el conserje—, no fumaba.

—¿Usted, que quiere?—era brusco.

El hombre de negro no debía estar muy seguro de sí. Vaciló.

—Quería..., quería ponerme los rayos...

—¿Qué tiene? ¿Qué le ocurre? ¿Qué le pasa a usted?—volvió a preguntar con sequedad.

—Pues... verá usted...

Creo que alguien, cuando el conserje habló de nuevo, tuvo que ayudarlo: le dolía el pecho; tenía en el pecho horribles dolores.

El hombre gordo—¡no podía pasar por otro punto!— habló de nuevo; gruñó casi.

—Es que hay quien viene porque le duele la cabeza; el vientre; el pie... Y esto es un Dispensario Antituberculoso. An-ti-tu-ber-cu-lo-so... Y se puso a escribir en un papel.

Sentado allí me hice mis consideraciones. Todo el mundo tiene derecho a hacerse sus consideraciones: sobre la vida, sobre la muerte, sobre el tabaco y sus sucedáneos, y—¿por qué no?—sobre el conserje (un conserje, dos conserjes, todos los conserjes del mundo y viceversa), de un Dispensario. Aquél era algo plenamente tipificado. ¿Donde podía yo haberle visto antes? Pasé el puntero del dedo a través de mi memoria, y—¡ya está!—aquel hombre grueso áspero, apareció. Bunche... Bunche... La inclusa... La infancia triste de Oliver Twist... En un libro de Dickens tenía este hombre su guardarrapas.

Y terminó de escribir. Con un gesto de verdadero rito levantó la mano, en ella una tarjeta. El hombre de negro la tomó.

—Tercera puerta de la izquierda... ¡Otro! E impasible, siguió su tarea.

—¿Pantalla? Tercera puerta de la izquierda.

—¿Sangre? Segunda puerta de la derecha.

—¿El water?... Cuarta puerta de la izquierda.

Por el pasillo, de vez en cuando, pasaban largas batas blancas con hombres y mujeres dentro.

Lo que sucedió al hombre vestido de negro lo supe después. Yo no tuve ocasión de presenciárselo. Aquel día lo miraron en la pantalla. El médico, en la oscuridad del gabinete, le iba preguntando afablemente.

—Veamos, veamos..., ¿qué le ocurre?...— Y le hacía oscilar lentamente.

—Usted—le dijo—, no tiene nada de particular.

Cuando el hombre de negro, vestido ya, salió a la calle, no iba muy contento. Y no es que no las llevase todas consigo...

Dos días después volvió al Dispensario. Se le hizo una toma de sangre para comprobar su velocidad de sedimentación. Cuando al día siguiente—¡tercera visita al hombre del guardapolvos ceniza!—se le comunicó que el resultado era normal, el hombre de negro movió tres veces la cabeza. Y no es que no las llevase todas consigo.

No estaba muy conforme. Y tal vez tampoco estaba contento. Había píldoras, decía, que él no podía tragar. Y volvió al Dispensario con su tarjeta azul en la mano y su traje negro encima en una cuarta visita a aquella oronda edición nueva del áspero Mr. Bunche.

En efecto, ahora el negro caballero, con su paso vacilante, quería que se le hiciera un análisis de esputos. ¿Tampoco ahora..?

Al día siguiente—¡quinta visita, Señor!— se le daría el resultado. Y luego, ¿para qué? Para lo mismo... Nada... Nada...

Cuando salió a la puerta de la salita del practicante, el hombre de negro estaba anonadado. No había bacilo. El diagnóstico era negativo. Y su cara, cara de ojos hundidos, tenía una expresión perdida, casi de hombre ajeno a sí mismo.

El conserje, en el pasillo, seguía dando, con aire de personaje, sus órdenes habituales.

—Segunda puerta, derecha.

—Tercera puerta, izquierda.

—Quinta puerta...

Se quedó mirando a «aquel hombre». Hizo un gesto extraño, casi sin inmutarse.

—¡Usted! PRIMERA PUERTA DE LA IZQUIERDA.

A través de ella—una amplia puerta encristalada—, se veía la serpentina del paseo con sus árboles serios, gentes hormigueantes, y un guardia de gorro blanco y agudo silbato que regulaba un tráfico de vehículos pretencioso, inexistente...

Emilio RUIZ PARRA.

CANCION DE LOS TRES CAPITANES

CANCION DE VUELO

"Viendo volar mi garza,
orillas del Arlanza"

Siglo XV.

I

Alalá del viento
mi murallita.
Alalá las torres
que al cielo gritan.

Alalá tu risa
en los almendrales.
Alalá en el puente
tres capitanes.

II

Alalá llegaron
calle Cruz Verde.
Alalá cantando
sones de muerte

Alalá de estrellas
Constelaciones.
Alalá luciendo
sus resplandores.

Alalá los labios
amorotados.
Alalá soñaban
dientes muy blancos.

Alalá se entraron
en una casa.
Alalá las niñas
como azafatas.

Alalá los besos
y las sonrisas.
Alalá sus hombros
de rosa y lila.

III

Alalá que noche
bajo la parra.
Alalá la luna
llena de albahaca.

Alalá pistolas
y correaes.
Alalá tres gorras
de capitanes.

Alalá silencio.
Sal en los mares.
Alalá la guerra
tras los cristales.

Rafael LEOCADIO.

Que fácil para el aire
el ala que remonta
las provincias del día
sin atisbo de sombra.

¡El ala regalada,
revestida de gracia!

Alza la pluma ingrave
su resplandor de albura
y el pasmo añil del ave
raya la tarde pura.

(El ala es labio y cala
corazones del aura).

Mentira del acero,
mentira de la carne,
mentira de la tierra,
mentira de la sangre.

¡El ala, el ala, el ala,
ámbito de la gracia!

Fernando QUIÑONES.

POR ESO...

Erase porque sí, porque su beso
sabía a pan moreno y a ternura;
porque en su piel suave, la tersura,
daba lección al nardo en su proceso.

Porque al pasar las horas mi embeleso
no conoció el dolor ni la amargura,
porque en sus ojos claros, la dulzura
se vestía de amor; solo por eso...

Era una frágil nube y yo era el ave
que atravesó su espacio sin mancharla;
era canción de cuna, aire suave...

Era su voz cadencia y armonía;
la quise porque sí, porque al mirarla
me dijeron sus ojos que era mía...

Tomás GALLEGO.



DOS POEMAS

I

ENCUENTRO

Era tu voz rumor de caracolas,
y mi alma soñó, con tu mensaje,
una ambición de mar y de viaje
entre el son infinito de las olas.

Solos allí tu y yo, los dos a solas,
forjamos de ilusión nuestro paisaje;
y al ocultarse el sol, en su celaje,
vimos llenarse el agua de amapolas.

Nuestra sangre inflamóse con el fuego,
vibró la carne con la llama ardiente
uniendo nuestros cuerpos anhelantes;

después... la paz, la paz inmensa, luego,
la llanura sin ondas ni corriente,
bajo un cielo de estrellas rutilantes.

II

ENCRUCIJADA

No puedo persistir en esta espera inútil;
de mirar lejanías ya mis ojos se cansan.
El reloj se me para en una hora cualquiera
y el alma, en las agujas, queda crucificada.

Se me adentra en el cuerpo un frío mimetismo;
soy puerto, soy camino, soy calle, soy ventana.
Me sujetan las cosas, mientras me corre el tiempo,
con la resignación de no ser ya más nada.

Y por eso termino; con fuerza me libero;
en mil pedazos rompo las cadenas que atan.
Separando la vista del oculto horizonte
niego a la mar inmensa las orillas lejanas.

Quemaré en el olvido nuestro amor desgraciado;
soplaré a sus cenizas en la noche callada.
Sembraré en mi maceta una nueva semilla
que brote y me florezca sin pena ni distancia.

Mario ALVAREZ ORTIZ.

La barca sucia y la eternidad de Pedro

"...Mar adentro,
abrid las aguas transparentes..."

Me dí cuenta enseguida: aquel día, Pedro toleraría mi presencia. No le saludé, no nos saludábamos nunca, era innecesario: yo tenía presente a Pedro en todos los minutos de mis días, era una obsesión, y él... él no me tenía presente nunca, ni cuando me tenía junto a sí: era innecesario.

Pedro remendaba sus redes de pescar viejísimas, sin prisa. Todo en él era medido, todo. Debió saber el día en que iba a nacer y no se impacientó, nació en la fecha exacta. Y luego todo igual. Esperó su vejez impasible, fuerte. Y un día en que el mar estaba más lleno que nunca, él salió de su pedazo de costa con aquella barca sucia. Y cuando regresó, Pedro era viejo.

En las olas flotaba un hoy distinto. Pedro acabó de remendar y se incorporó lleno de hombre y de mar.

No le dije nada porque sabía que aquel día Pedro toleraba mi presencia. Salté a la barca y empecé a bogar.

Puse mi manoseado librito de versos junto a los aparejos pardos y con olor de sales y yodo. Y me sentí contento de verlo allí. Desde aquel día hago versos a la mar.

Yo olía intensamente las olas, con una vitalidad que me destrozaba el pecho. Y él también. Se quitó la boina y sonrió levemente, con una sonrisa prolongada.

La barca iba despacio y el mar nos esperaba mostrándonos su locura. Había sol, mucho sol, un sol que nos llenaba las carnes propugnando nuestra risa.

—Pedro, —clamé— hoy es mar.

—Sí, —me dijo— hoy ya no es mi trozo de agua, contado, ceñido. Hoy es mar, mar inmenso, largo, uno, inacabable. Hoy es mar, hoy es la eternidad. Siempre le he soñado así. Mi muerte sería dejar la costa y emprender la marcha con mi barca y mis redes y esta boina vieja. Y salir y hallarme ante Dios. Pero con mi mar y con mi cielo. Y así ha sido. ¿Ves? Ahora la paz, la serenidad y bogar sin descanso y sin esfuerzo. Bogar siempre.

El agua nos iba lamiendo las entrañas.

Me venció la sensatez y clavé el remo en la ola que nos acompañaba. La barca viró y a poco encajamos en la playa de siempre.

En la vieja choza de Pedro había mujeres, comadres borrosas del pueblo viejo. En el fuego de brasas recién heridas había un caldero y agua hirviendo, hirviendo... Suspiros y trajinar despacioso pero agobiante... Pedro aún no había recobrado el sentido y yo le oía hablarme de sus sueños y de toda su vida. Y de sus redes y de su barca. Y de aquella eter-

idad aguardada sin prisa. Y Pedro se moría, poco a poco.

Nadie, nadie en el pueblecito recordaba un solo pecado en Pedro. Juan el de la tienda, decía, decía... siempre que se dicen cosas. Cosas que nacen sin fuerza, importantes, pero que luego van rebotando en los ojos de envidia y se hacen grandes. Y disculpa en los labios carnosos... «Yo, desde luego, no lo creo..., pero...» Y las miradas de reojo y las palabras silenciosas: Dicen, dicen... dicen que Pedro antes de llegar aquí vino de una ciudad de tierra adentro, fué muy sucio...» «Si, sucio decían, sucio. Pero allí no. Allí ni tan siquiera Juan podía decir nada de él. Y eso que Juan siempre sabía de estas cosas. Pedro allí se había purificado. Todos sabían su silencio lleno de claridad y su sonrisa de amor a todos. Y muchos tenían ahora clavado en el paladar el sabor tibio de la sopa de Pedro, siempre compartida. Y alguien se sintió en las espaldas el tabardo velludo que trajo Pedro cuando vino. Y todos sabían la mirada de Pedro ante el Cristo aquel. Y todos amaban al buen Pedro.

Las palabras de Pedro ya no bailaban con los relumbres del fuego que ya no daba calor. Pedro se moría.

El viento de la noche, claro y húmedo, me traía reflejos de salitre y campo abierto. La plazuela sola y quietecita me acompañó un trecho cuando salí. Y todo, y las callejas retorcidas y las casuchas de hombres que no saben vivir en la tierra, marineros de tosquedad y pecho grande, y la noche plena y magnífica, todo me acompañaba, para ir juntos a rogar a Dios por Pedro.

En la iglesia, de piedras y humedad y rudo silencio, había gente. El párroco allá en su reclinatorio. Y flotando entre las sombras las súplicas de otros días: que regresen los que marcharon con galerna... que revienten las redes de los que fueron a pescar y llevaban hambre... que la pequeñina de Lucas no se muera... Y aquel día otra, la común, la de todos los del pueblo. Y hombres con la boina en las manos, retorcida. Y los ojos balbuciendo plegarias. Padre nuestro que estás en los Cielos... Dios te salve, María... Tú que eres Todopoderoso... Y cada uno con la que recordaba en sus labios y en los corazones oprimidos un pensamiento fijo: ¡Señor, Pedro se está muriendo..! Y yo allí.

Llegué hasta el Cristo marinero y le pedí —como pocas veces he pedido— que sí, que la eternidad de Pedro fuese como él quería: un mar inmenso y él con su barca, sus redes y su boina vieja, bogando, bogando... Y sol... Y olas. Y todo lleno de Dios.

Carlos CARDONA.